

Centro de Amigos de la Cultura Árabe

Con ocasión del aniversario de la fundación de este Centro intelectual que tanta actividad ha desarrollado en el tiempo que lleva en funciones, aportando al acervo de nuestro movimiento intelectual una nota de alto fervor por la cultura, su presidente y organizador, el escritor Benedicto Chuaqui, pronunció ante un público numeroso el siguiente discurso:

Señoras, señores:

Tal como acontece en todas las actividades en que el hombre pone su esfuerzo y su inteligencia al servicio de una causa o de una aspiración ideal, igualmente la vida de una institución depende exclusivamente del entusiasmo, del amor y de la fe que se despliega por parte de sus miembros para infundirle ese soplo vital, ese latido de ritmo regular y sostenido, capaz de transformar los anhelos en realidad.

Caería en pecado de vanidad si afirmara en esta ocasión que nuestra entidad, fundada con el elevado propósito de servir a la cultura chilena, ha llenado totalmente las finalidades para la cual fué creada, pero sí creo estar en lo cierto al decir que el Círculo de Amigos de la Cultura Árabe, al cumplir en esta fecha su tercer aniversario, ha realizado en forma tesonera y perseverante una buena porción del progreso que inspira su existencia y su razón de ser dentro del desarrollo de la vida intelectual chilena.

Y al decir dentro de la vida intelectual chilena, deseo hacer notar en tan grata oportunidad, que esta institución que me honro en presidir, no es un Círculo de Cultura Árabe, sino de Amigos de la Cultura Árabe. Es decir, de hombres de buena voluntad, que en un gesto de comprensión y de solidaridad humana, han querido identificar su espíritu con el nuestro, o sea con los árabes que sintiendo la nostalgia de la tierra, y de sus tradiciones y costumbres, quieren hacer oír las voces de su raza, y a su vez buscar por el camino del espíritu, esa fraternidad del alma que no reconoce otras fronteras ni otros horizontes que no sean los de la belleza que hay en los sueños y en la vida.

Y si es ésta nuestra más hermosa ambición, nuestro más alto ideal, no se conjuga entonces con pequeños éxitos de relumbrón que para los hombres íntegros no pueden tener el hondo significado del verdadero triunfo. De ese triunfo que después de ingentes trabajos, luchas y desvelos, es como un amanecer radioso, donde el aire, la luz y toda la alegría circun-

dante que existe en la naturaleza nos está hablando de la alegría de vivir. Y en este júbilo de los pájaros, de las flores, de los frutos y de las aguas en cuyas linfas diáfanas se refleja el cielo, se advierte una lección para la vida humana. Una sencilla lección que podemos aprovechar sin más esfuerzo que el de usar de ese don divino, como es el poder contemplar el espectáculo del mundo. Es así como comprobamos que todo bien, proporciona regocijo. Ese regocijo diferente en sus maneras de expresarse, pero que en el fondo surge del amor. Porque el amor es la semilla que brota llamada por el calor del sol, y amor es el fuego de las fraguas que transforman los metales para agrado y beneficio del hombre, cuando anhelos de paz bendicen su esfuerzo.

Mas, todo requiere un dolor para poder transmutarse. Y ese dolor que resulta un baño de purificación, es también el cedazo en donde permanece la escoria que además se decantará transformada por el fuego del sol o de la entraña de la tierra. Nosotros los árabes; bien sabemos esto. El suelo de nuestros países de leyenda fué hollado por los pasos de aquellos hombres, en cuyo pecho ardía una celeste llama cuando creyeron haber encontrado la suprema y redentora verdad de la fraternidad humana. A través de los ardientes desiertos de la Arabia o experimentando el efluvio de las noches del oasis a donde el beduino llegaba a apaciguar su inquietud de viajero de la soledad, sobre su camello que no conoce otra fatiga que la de la muerte, Mahoma creaba su doctrina de amor y comprensión. Un sueño de mejor vida, de mayor generosidad humana. Y otro tanto le ocurría al soñador de Galilea, cuando conversaba con sus discípulos bajo la poética sombra de los cedros o junto a las tranquilas aguas de un lago. Y sin embargo los hombres seguimos sin entendernos, después de muchos siglos de luchas cruentas en que la humanidad se desangró por imponer las ilusionadas doctrinas de cada reformador. Mas, por milagro inexplicable de la vida del ser humano, hay siempre en él una nueva fe, una nueva esperanza de superación, y acaso esto no sea sino el sueño que lo estimula a defenderse de las oscuras asechanzas que duermen en el remoto misterio de su origen.

No hay duda que la raza humana marcha hacia un perfeccionamiento moral y espiritual, cuyo cenit no sabemos a dónde se remontará. Pero mientras tanto la hoguera sigue ardiendo al rojo blanco. ¿Es que se persigue un supremo ideal, o es que sólo se anhela el bienestar del clan, considerado como raza superior a trueque del sufrimiento de los demás? Yo no lo sé, ni es mi ánimo extenderme en esas someras reflexiones que tal vez han sido necesarias para explicar nuestro impulso al fundar el Círculo de Amigos de la Cultura Árabe en este país de nuestros afectos y de nuestras realizaciones como hombres, que después de ver satisfechas las obli-

gaciones materiales, sienten de pronto la urgente necesidad de ensanchar el horizonte de su vida. De conocer ese Universo de sensaciones que hace vibrar la sensibilidad humana para alcanzar por medio de bellas creaciones un superior concepto de la existencia.

Y esa superior condición, esa mágica virtud no es privilegio de nadie en especial. No tiene otros dueños que aquellos que experimentan la felicidad de comprender el arte. Divino don que los mortales recibimos como la luz o como el aire. Maravilloso lenguaje universal que no precisa de reglas gramaticales para ser comprendido, porque es el lenguaje del corazón, el idioma de la emoción y el sentimiento. Nunca pensamos al oír un trozo de música, al leer un libro que nos encantó, en la nacionalidad a que pertenece el artista que lo creara. Tampoco nos preocupa ese aspecto del artista cuando admiramos un buen cuadro o escultura. Nuestro primer impulso es el de agradecer la belleza con que se nos regala el espíritu. Lo demás nos interesará saberlo por mil razones de índole cultural. Pero cuando el artista nos toca el corazón con la belleza que logra aprisionar en su creación, sólo sentimos el corazón iluminado por ese cálido resplandor del goce espiritual. Y esta es la hermandad que persiste, porque sería inicuo pensar en que haya alguien que reniegue de aquello que le proporcione un placer estético y le comunique esa plena sensación de elevarse por encima de la grosera materialidad de la vida,

Por medio de este hechicero idioma universal, hemos querido identificarnos con vuestras aspiraciones ideales. Bien sabéis vosotros los que me escucháis, que no es historia de mercenarios la de los árabes. Fueron como otras razas, por el mundo, para pelear, para triunfar o ser vencidos. Supieron cantar con igual entereza sus hazañas y sus quebrantos. Y si por las rutas de Bagdad, de Mosul o de Damasco se pueden encontrar las huellas interesantes de sus industrias y de su comercio, también por los caminos de Córdoba, de Sevilla y de Toledo, se hallará la señal de su arte y de sus ciencias.

Somos los mismos árabes descendientes de aquellos otros árabes de la antigüedad. Pero salimos de nuestras tierras, oprimidos, pobres, tristes, humillados por aquellos pueblos poderosos que en esta edad moderna nos aplastaron bajo el yugo de su imperialismo. Mas, en el fondo de nuestros pechos doloridos, traíamos la patria del ensueño en libertad, la conciencia de nuestra raza, viva y fuerte. Y entonces, primero fué menester obedecer a un imperativo inapelable; trabajar para poder vivir, los que llegábamos, y luego enviarle algo a esos parientes que quedaban allá en Siria, en el Líbano y en Palestina, soñando con la suerte que correría el que venía a América.

Los que ya nos arraigamos para siempre en estos lares, no olvidamos el aroma de la tierra natal, honda nostalgia de la raza en su medio vital, pero también sabemos que como una fuerza superior a todo intento, esta patria nos cogió para ella; y que ya no tenemos otra obligación ni otra ambición que la de servirla y de quererla cada vez más, por ser la patria de nuestros hijos.

Y es así como en este Círculo de Amigos de la Cultura Árabe, deseamos rendir tributo y culto a todo cuanto tienda a enriquecer nuestra mentalidad, árabes, chilenos hijos de árabes, y chilenos en general, y también los hijos de cualquiera otra nacionalidad, recibirán calurosa acogida en el seno de nuestra institución, si comulgan con nuestros postulados, que no son otros, que los de hurgar en el arte, y en el pensamiento de los pueblos, siempre que ello constituya un nuevo acervo de belleza y cultura, que nos ayude a iluminar el sendero de nuestra existencia.

La lucha del emigrante ha sido larga, dura, feroz a veces, pero al fin hemos logrado vencer los escollos. ¡Qué hermoso es mirar hacia atrás, y como en una diáfana perspectiva, pensar que todo tuvo su encanto y su satisfacción! Y ahora que se consiguieron en gran parte los medios de subsistencia, es bueno que le demos algo al espíritu tan ayuno de su alimento. ¡Y esto lo hemos obtenido en este Círculo de Amigos de la Cultura Árabe! ¡Qué grandes y buenos amigos hemos tenido aquí! Me asalta el temor de olvidar a alguien de los que nos ayudaron con sus charlas y conferencias, a cual de todas más interesantes, ofrecidas bajo este techo universitario que tan propicio ha sido a nuestras aspiraciones. Los nombres de los que nos secundaron en esta hermosa tarea de difundir cultura y de proveer un acercamiento espiritual, formarán una bella y emocionada página de nuestro libro de recuerdos. En simpáticos volúmenes circulan ahora esas conferencias a las cuales he aludido, y cada uno de ellos contiene además, antologías de poetas jóvenes que estaban ansiosos de expresar y dar a conocer sus pensamientos. En los ágapes que hemos celebrado, es verdad que nuestra mesa no era, por cierto, un espectáculo imponente de viandas y otros manjares; pero alrededor de ella, en cambio, hubo siempre riqueza espiritual, diversidad de matices temperamentales para enfocar cada uno desde su punto de vista, el problema estético o humano que nos interesaba en esa circunstancia.

Recuerdo en este instante los nombres de Domingo Melfi, de Ricardo Latcham, de Mariano Latorre, de Pablo de Rokha, de Milton Rossel, de Eleazar Huerta, Antonio Romera, Antonio Massis, Víctor Castro, Antonio de Undurraga, María Cristina Menares, Alejandro Tarragó, Vicente Mengod, José Gómez de la Serna, Armando Bazán, Luis Alberto Sánchez,

Tomás Gatica Martínez, así como los de Moisés Mussa, Jean Zalaquett, Alejandro Hales, Andrés Sabella y tantos otros espíritus selectos que mantienen el fuego de este amor de que venía hablando desde el comienzo de estas líneas. Para todos ellos nuestra profunda gratitud, no es con el ánimo de decirles que la tarea ha terminado, sino que por el contrario, para advertirles que estamos en el comienzo, y que es ahora precisamente, cuando se necesita afianzar la labor del *Círculo de Amigos de la Cultura Árabe*. Los sembradores no pueden dejar en el surco las semillas para que los pájaros y el viento las esparzan por los confines del olvido. Yo aguardo confiado que así también lo entenderán mis compatriotas. Porque no se trata de vanagloria, sino de demostrar que para las luces del espíritu la mente del hombre jamás está encadenada. Sirios, palestinos y libaneses han comprobado hasta hoy que son capaces de contribuir al progreso del comercio, de las industrias, del ejército y de las profesiones liberales en el país al cual se han incorporado como parte integrante de su nacionalidad. Es nuestro deber ahora luchar porque se conozca más intensamente nuestra sensibilidad y nuestras concepciones estéticas y nuestra manera de idealizar la vida.

Cábeme, al terminar, agradecer cumplidamente la hospitalidad que en todo momento y ocasión nos ha brindado esta ilustre Casa Universitaria, lo que nos ha permitido darle debida dignidad a nuestras reuniones culturales. Confío que más que nuestras palabras de gratitud, sea el éxito de nuestras ambiciones el que retribuya generosamente a todos aquellos que prestaron apoyo a nuestra fe y a nuestro entusiasmo por cooperar al progreso cultural de la República.